

te delante de sí como meta a la que llegar con su argumentación estrictamente racional. Su labor consiste entonces en captar de un modo nuevo la realidad ya aceptada consiguiendo una mayor percepción de la misma; los contenidos de una y otra no responden, por lo tanto, a la misma pregunta o necesidad. El empeño de Agustín no pretende tampoco transformar la duda en certeza, sino la certeza en conocimiento de tal o cual realidad. Utiliza aquí la razón, por tanto, con una finalidad bien distinta que la de persuadir o mostrar la racionalidad de la fe.

*St. Augustine on free will* es el comentario del sueco Ragnar Holte al Libro III que estudia algunos problemas más concretos: libertad y presciencia divina o el pecado en relación con la Providencia y Justicia divinas. Nos ofrece las soluciones agustinianas ante el problema del determinismo. Dios conoce la propia voluntad, pero nadie puede decir que su voluntad esté predeterminada por su presciencia. Por otro lado, decir que los actos de la voluntad están determinados es contradictorio, pues la voluntad humana está en nuestro poder y es por ello objeto de nuestra libertad.

Para San Agustín el mundo existente es el más perfecto de todos los mundos posibles (III, IX, 24); adelanta con esta idea, en unos cuantos siglos, al mismo Leibniz, comenta Holte. El orden de la Creación es justo y perfecto, ¿de dónde entonces el mal?, ¿era algo necesario para la perfección del mundo? Si así fuera, Dios sería injusto al castigar el pecado. San Agustín resuelve esta problemática diciendo que el pecado no era necesario, pero que Dios juzgó como necesaria la existencia del alma humana, con intelecto y voluntad. Elijiendo la felicidad contribuye a la perfección del Universo y, si no, disturbará dicha perfección. Al perder la posibilidad de la cooperación activa al

bien, lo hará pasivamente, a través del sufrimiento y del castigo del propio pecado. El castigo expresa la justicia divina y restablece el orden del Universo. En cualquier caso, Dios ha querido que el hombre mantenga la libertad y pueda alcanzar siempre la felicidad.

J. Usunáriz

JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el Evangelio de San Juan*, («Biblioteca de Patrística», 15), Ciudad Nueva, Madrid 1991, 354 pp., 13,5 x 20,5.

El Crisóstomo es uno de los Padres de la Iglesia que mejor explican el contenido del mensaje de las Sagradas Escrituras de manera profunda y a la vez práctica. El lector de habla castellana ha tenido ya la posibilidad de ponerse en contacto con el autor antioqueno mediante las obras publicadas por la Editorial Católica, principalmente en los volúmenes dedicados a la explicación del Evangelio de S. Mateo. Ahora, la Editorial Ciudad Nueva, nos ofrece una primera entrega de las homilías crisostómicas dedicadas al Evangelio de San Juan, que comprenden los tres primeros capítulos de dicho evangelio. Confiamos que pronto saldrán a la luz el resto de homilías del Santo Obispo de Constantinopla.

Como muy bien hace notar el prof. Viciano, prof. de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, a cuya pluma se debe la buena *Introducción* del volumen que reseñamos, las homilías sobre el evangelio de San Juan «presentaban un carácter mucho más polémico» (p. 13) que las referidas al de San Mateo. El Crisóstomo conocía a la perfección cómo los arrianos y otros herejes se servían del evangelio joanneo como fuentes para probar sus doctrinas heréticas sobre la negación de la divini-

dad de Jesucristo. Son posteriores a las del evangelio de San Mateo y mucho más breves que éstas. Cada una de ellas consta de tres partes bien definidas: una breve introducción el comentario al texto bíblico, y una conclusión con orientaciones prácticas.

Los profesores Isabel Garzón y Santiago García-Jalón, de la Universidad Pontificia de Salamanca, se han encargado de la traducción castellana, conjugando con brillantez la profusión terminológica griega, con la claridad y riqueza de la lengua castellana; han logrado así una perfecta sintonía entre el pensamiento del autor antioqueno del siglo V y el del lector de nuestros días. Esta clase de trabajos, me refiero al de traducir una obra griega a versión castellana, encierra no pequeñas dificultades; pero cuando el resultado es positivo, como en la presente circunstancia, sus autores no son merecedores sino de toda clase de elogios y agradecimientos.

Se trata, pues, de un libro perfectamente válido no sólo para mejor conocer la historia de la Iglesia en unos años un tanto revueltos, desde el punto de vista no sólo doctrinal, sino también para fijar con acierto los aspectos más nucleares de la doctrina católica. Además, el lector encontrará no pocos aspectos y utilidades ascéticas que le acercarán al modelo único de todos: el Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo. Entre otros puntos de mira, San Juan Crisóstomo es un eslabón imprescindible, por la sencillez de su predicación y la profundidad teológica que respiran sus escritos, para alcanzar la recta doctrina del cristianismo.

M. Merino

CIRILO DE ALEJANDRÍA, *¿Por qué Cristo es uno?*, («Biblioteca de Patrística», 14), Ciudad Nueva, Madrid 1991, 134 pp., 13 x 20,5.

Como ya es habitual en esta colección, la obra del obispo Cirilo de Alejandría viene precedida de una cuidada introducción, realizada por el prof. Luigi Leone. No faltan las oportunas indicaciones biográficas y de bibliografía sobre el alejandrino. Son igualmente dignas de destacar las páginas (10-16) dedicadas a enmarcar la doctrina teológica de los años en que se supone fue escrita esta obra de San Cirilo. También encontrará el lector referencias interesantes sobre la tradición manuscrita del texto, al igual que las traducciones más importantes que sobre el mismo se han realizado.

El contenido de *¿Por qué Cristo es uno?* refleja los distintos puntos doctrinales que se ponían en duda en la época en que fue escrito, (años 434-437). El objetivo fundamental de este diálogo —en esta forma nos ha sido transmitido—, era contrarrestar la influencia ejercida por la doctrina nestoriana, que negaba la maternidad divina de la Virgen María y confundía la unidad de Persona con la doble naturaleza existentes en Cristo. Precisamente estos dos puntos doctrinales son los que comprende todo el diálogo del Obispo de Alejandría. Por lo que al primero se refiere, Cirilo defiende la doctrina tradicional de que María es Theotokos (Madre de Dios) frente a las denominaciones nestorianas de Christotokos (Madre de Cristo) o Anthropotokos (Madre del hombre). Con relación al segundo punto, el Padre de la Iglesia afirma la unidad de Persona (la segunda de la Santísima Trinidad) y la dualidad de naturalezas (divina y humana) integras y perfectas del Verbo de Dios hecho hombre, Jesucristo. Estos dos aspectos doctrinales son defendidos por Cirilo con una metodología apropiada: el recurso a los textos de la Sagrada Escritura.

La traducción castellana de este escrito, realizada por el prof. Santiago García-Jalón, ha tenido en cuenta la versión griega, y conjuga con maestría la fidelidad al pensamiento del Obispo alejandrino con la